

“La escuela un lugar para llegar a ser”

Begoña Sánchez
Autora, Editorial Edebé
Madrid, España

El tema de esta Comunicación tratar del “llegar a ser” que forma parte de la historia personal. Como cualquier otra historia ocurre a unos personajes, en este caso los protagonistas somos todos y cada uno de los seres humanos que hemos poblado, poblamos y poblaremos la inmensa tierra. La tierra, el lugar que nos es dado junto a la vida para que nos asentemos en ella.

Es de desear que las historias tengan un final feliz, es lo que pedimos a las historias, conviene recordar que los finales felices a menudo los consiguen los hermanos pequeños.

De la forma en que gestionemos nuestros propios recursos y los del entorno va a depender la herencia ecológica, incluida la humana que dejemos a la infancia venidera, a nuestros hijos e hijas en el futuro.

Al nombrar “infancia”, me parece imposible abarcarla toda, aunque están en mi pensamiento y en mi corazón, las infancias orientales, las occidentales, las del norte y las del sur las blancas, las negras, las que sufren, las que no son reconocidas, las que caminan entre el hambre y la explotación, también aquellas que no han experimentado la necesidad, la frustración y vagan en el desorden de sus deseos sustituidos.

Al principio esta historia se desarrolla en un espacio muy protegido, es el espacio materno y en él permanecemos lo imprescindible mientras dura el tiempo de la infancia. Tal como andan los tiempos la permanencia prolongada en el espacio reducido materno y familiar es un indicio de que las cosas no andan como debían, porque muy pronto en el tiempo de infancia actual algunos y algunas, no todos pero sí muchos cambiar de escenario y asistir a la escuela.

La escuela representa una conquista para gran parte de la humanidad, y tenemos que trabajar mucho para que realmente lo sea para todos y todas. Para compensar en los niños y las niñas las problemáticas personales y sociales con las que inicialmente se incorporan a la vida.

Yo quiero hablar hoy de un capítulo de la historia personal que empieza en el tiempo de la infancia, que ocurren en un lugar, la escuela y de unos personajes nuestros niños y niñas.

Yo quiero hablar a unos adultos (madres, padres, familiares y/o maestros y maestras) con quienes comparto el compromiso de educar y que están asistiendo a un cambio en las funciones que han tenido hasta ahora encomendadas pero que siguen siendo los encargados de una u otra forma y son en parte responsables de iniciar historias personales con las características que progresivamente vamos integrando al proyecto humano como objetivo educativo.

El reto actual al que tenemos que responder desde la escuela es el de cumplir funciones educativas novedosas en dos sentidos.

Uno consiste en aceptar como objetivos educativos, desde una reflexión ética las piezas que van componiendo el mosaico del “ser humano” como proyecto utópico en el sentido pleno, de lo que todavía no es pero tiene que llegar a ser con el compromiso de todas las personas honestas, de buena voluntad. Los educadores y educadoras, tenemos también el compromiso profesional.

El aprender a ser es un ámbito educativo nuevo, implica el reconocimiento de que no nacemos “siendo humanos” sino “estando preparados para serlo”, concepto de una situación que podemos expresar muy bien en español.

Además hay que asumir algunas funciones educativas que anteriormente se cumplían en la familia, es importante señalar que en algunas familias, no en todas, sólo en aquellas que estaban en condición de poder hacerlo, que si no, tampoco, es decir no se cumplía en cualquier tipo de familia. De forma que estas funciones, y esto es fundamental, tienen que ser asumidas por la escuela desde el momento en que hemos reconocido el derecho a la educación para toda la infancia.

Querámoslo o no, el espacio y el tiempo familiar han cambiado y los roles que cada uno de sus miembros asume. Este cambio familiar, ocurrido para una parte del mundo, aunque nos plantea nuevas problemáticas sociales y claro está escolares, tenemos que reconocer que es preferible a las situaciones familiares que todavía en la actualidad permanecen ancladas en el pasado. Porque es preciso que la mujeres puedan dedicarse a tareas de ámbito público que necesitan otra orientación y organización para responder a la situación actual y para que su labor no se vea reducida al ámbito que se ha llamado privado y tiene un claro sentido de carencia.

La escuela se convierte de esta forma en la institución social que garantiza las experiencias imprescindibles para poder conocer y llegar a ser “sapiens”, para saber hacer y llegar a ser “faber”, y para saber qué es ser humano y llegar a ser “homo” o “mulier” *ëthicus* y *aisthëtikós* con una dosis importante de sensibilidad

(me permito estas citas intentando expresar la permanencia del proyecto inacabado humano).

La infancia, el tiempo en el que todavía no se ha llegado a ser lo que se puede ser, y la escuela, como espacio habitado por los seres humanos en formación se encuentran en la labor educativa. Es un espacio intermedio, entre el espacio materno y el universo, debe de ser, en palabras de J. Bruner “muy protegido” en donde los aprendices lo son de sí mismos y tienen que aprender a ser para poder salir a otros espacios con el equipaje necesario.

Una escuela que “garantiza las experiencias necesarias”, entendiendo que son las experiencias en un determinado ambiente de relación social las que posibilitan el aprendizaje del llegar a ser, vamos a decir, ser humanos.

Son unas experiencias determinadas y no la fonetización a la que estamos tan acostumbrados, las que desencadenan los procesos de aprendizaje.

No se trata, creo yo, de que los adultos “digamos” y “expliquemos” una vez más, lo que “hay que hacer” y cómo “hay que llegar a ser”. Mucho menos que se les clasifique o descalifique, si hemos acordado que sólo “están”, y se les devuelva una imagen estática o negativa de la identidad. Esto incide de forma directa en las apreciaciones, calificativos, imágenes que devolvemos, en cualquier acto de evaluación ante los niños y niñas o cuando hablamos entre los adultos de ellos.

Es importante cuidar la expresión de las situaciones conflictivas, planteadas por un niño o una niña para transmitirles la idea de que lo que ha ocurrido se entiende dentro del largo proceso de autorregulación que deben poner en marcha, en lugar de transmitir una valoración negativa de los implicados.

Propongo iniciar este aprendizaje desde la coherencia que implica interpretar la infancia como el tiempo que otorgamos a los niños y las niñas para que lleguen a ser, mientras no hayan experimentado las suficientes situaciones que les pueden ayudar a descubrir el deseo personal de quiénes y cómo quieren llegar a ser.

Hay que desequilibrar la balanza hacia el menos decir y más escuchar y analizar los resultados que se van obteniendo.

Se trata de acompañar a cada niño y niña para que se descubran en el recorrido de las actuaciones cotidianas. Este descubrimiento consiste en reconocer los propios deseos y sentimientos que acompañan las acciones realizadas con los demás y apreciar las diferencias entre las que resultan amorosas, fraternales, solidarias y altruistas y sus contrarias, individualistas o injustas.

A los adultos encargados de la educación nos corresponde la tarea de mostrarles lo mejor del proyecto personal posible. La construcción del deseo de llegar a ser

desde expectativas personales superando con la acción educativa la sustitución de los deseos por la moda, la mentalidad colectiva, el pensamiento único.

¿Qué queremos ser hoy y dónde queremos llegar a ser mañana?. ¿Quién queremos llegar a ser?. Preguntas que se traducen cómo queremos ser lo que somos.

A ser humanos se aprende cuando se descubre lo mejor de lo que los seres humanos somos capaces de hacer, porque se nos presentan modelos vivenciales, cotidianos, de experiencia que identificamos con nuestros deseos. Algo así como cuando se enciende la luz y deseamos “yo quiero ser como tú”.

Todas las personas que estamos hoy aquí sin duda recordamos a aquellas que mostraron ante nuestros ojos aspectos desconocidos y valiosos por los que les estamos agradecidos. Lo contrario también existe .

Estos modelos no se copian, se reconocen como valiosos y se adecuan a las posibilidades personales, se filtran las características que valoramos desde la propia identidad para ir configurando algo que consideramos un horizonte hacia el que merece dirigir los pasos, aunque como dice E. Galeano, nunca lleguemos a alcanzarlo.

En la escuela, los niños y las niñas deben vivir entre modelos de seres humanos que caminan hacia horizontes de humanidad “en construcción” no entre modelos de humanos “perfectos” o acabados y estos modelos tienen que ser más importante, por cercanos y afectivos que los modelos que ofrece la sociedad que lo son de guapos, o altos o poderosos en la mayoría de los casos un tanto alejados del modelo humano que se construye a partir de la reflexión ética y estética en una sociedad que debe de llegar a ser verdaderamente justa y democrática.

La infancia es el tiempo de la creación inicial de un proyecto personal en el que casi todo es posible, al que se debe poder recurrir a lo largo de la vida para ir reajustando e incorporando piezas, partes de la historia interminable, mientras dura, de llegar a ser.

Toda buena historia que se precie de serlo ocurre en “hace mucho tiempo...” que éste sea en la infancia; en un lugar precioso o peligroso, que sea mágico y se llame escuela...para poseer un tesoro y poder recuperar a menudo la memoria de la niñez cuando era posible desear y esperar que todo el caos causado por las fuerzas del mal, que llegan en escoba, se solucione y vuelva a reinar la paz en el mundo y que este pensamiento sea recurrente cuando nos encontramos con el desgaste cotidiano donde parece al contrario de entonces, que ya nada es posible.

Y colorín, colorado. ¿Vale que seamos personas, humanos?